

Detalle de la nota



Un Vania - Critica

Chejov not dead. Obra dirigida por Marcelo Savignone con Mariah Florencia Álvarez, Luciano Cohen, Merceditas Elordi, Pedro Risi, Marcelo Savignone, Paulina Torres. Por Bettina Girotti.

“Los hombres comen, duermen, fuman, dicen banalidades y sin embargo se destruyen” A.C.

Antón Chejov siempre ha sido bienvenido en Buenos Aires. Desde hace 60 años las obras de este dramaturgo ruso desfilan, año tras año, por los escenarios porteños ¿Cómo no iba a ser así, si Chejov es un clásico, un autor cuyas obras, nítido reflejo de la Rusia zarista que comenzaba a palpar la revolución del 17, no pierden actualidad?

Entre las obras más representadas de este médico, que tan bien supo diagnosticar su sociedad, tropezamos con *Tío Vania*. Situada en el campo, como es su costumbre, la obra presenta a los diferentes actores sociales de aquel entonces: terratenientes, intelectuales y mujiks, todos igualmente hastiados e infelices, incomprendidos y desesperados. El profesor, Serebriakov (“interpretado” por un maniquí), ha retornado a la hacienda de su primera esposa, junto a su nueva mujer, Elena (Torres). Esta llegada alterará el normal funcionamiento de la casa y a sus habitantes, su hija, Sonia (Álvarez), su suegra (Elordi), Teleguín (Risi), un terrateniente venido a menos que ahora sirve a la familia y Mijail (Cohen), médico y amigo. Y por supuesto, al hermano de su difunta esposa, Vania (Savignone). El tiempo se perturba, los ánimos se alteran... se acerca una tormenta.

Y aquí es cuando hay que hacer una aclaración. Aunque los planteos de Chejov sean actuales, esto no quiere decir que su puesta en escena lo sea. Para ello hay que arrancarla de esa Rusia de comienzos del siglo XX, impidiendo que se convierta en una simple pieza de museo.

Un Vania, dirigida por Savignone, se hace cargo de esta demanda. Aunque texto, escenografía y vestuario llevan a pensar en una propuesta casi arqueológica, se incorporan a la puesta elementos que actualizan la obra. Así, entre los diferentes actos o escenas, en lugar de apagones o un tradicional cierre de telón (complicado según la infraestructura de la sala, aunque no imposible) se recurre a una serie de secuencias pseudo-cinematográficas que se insertan sin guardar relación causal aparente con la acción dramática: corridas y coreografías incorporan una dimensión lúdica que da cuenta de la evasión constante de estos personajes frente a sus problemas. De la misma forma, logra llevar al teatro el montaje plano-contraplano, elemento típico de la estructura cinematográfica, al invertir o, mejor dicho, rotar posicionalmente la acción, mostrando así una situación desde diferentes puntos de vista.

Pero por mucha actualidad a nivel estructural, poner en escena un clásico siempre conlleva un peligro: la mera recitación del texto. *Un Vania* sortea cómodamente esta dificultad con una fórmula netamente teatral: “pasar por el cuerpo”. Los parlamentos de los personajes prácticamente no han variado de la traducción original, sin embargo, los actores logran pasar por su cuerpo los dichos de sus personajes. No existe aquí esa exterioridad irrisoria de la que muchas puestas de clásicos adolecen.

La construcción del espacio sigue este mismo camino. Lina Boselli, a cargo de la escenografía, recurre a un mobiliario clásico y a la vista bastante pesado, pero sumamente dinámico: los actores manipulan con facilidad los diferentes objetos desarmando y rearmando nuevos espacios, transformando esa tosca e inerte casa en un escenario que revitaliza el universo chejoviano. Mención especial merece el profesor, “encarnado” por el maniquí construido por Flavio Pagola y manipulado por los mismos actores. Con esta elección se enfatiza, volviéndola gráfica, una oposición ya presente en Chejov: aquel “ilustre” profesor no puede existir sin el resto, la aristocracia rusa depende para (sobre)vivir del trabajo de los demás.

Decíamos, hay que evitar que los clásicos se momifiquen pero ¿cómo? *Un Vania*, logra responder satisfactoriamente a esta pregunta sin respuesta apropiándose y revitalizando el texto de Chejov. Su título ya lo indica: es “un” Vania, una mirada posible entre tantas otras que suscita *Tío Vania*. Y justamente es este gesto, simple y dificultoso a la vez, el que evita que la obra se convierta en una mera pieza de museo.

Bettina Girotti
 bettina@geoteatral.com.ar